

Lo que las Derechas traen a la región latinoamericana

Entre lo político y lo social; nuevos campos de disputa

Maristella Svampa¹

"Estados Unidos se enfoca en aquellas áreas donde hay problemas, como el Medio Oriente. No invierte mucho tiempo en América Latina, pues es como un perro simpático que está durmiendo en la alfombrita y no genera ningún problema". Pedro Pablo Kuczynski, 2017, Universidad de Princeton, USA

"Que acabe con la ideología implantada por el anterior Gobierno que pretendía tapar en la mente de nuestros niños lo que está en la Constitución, que dice que la familia es la unión de un hombre, una mujer y sus hijos". Marcos Galdino Júniors, Pastor evangélico, Iglesia Asamblea de Dios, 2019, Brasil

Introducción

Hasta hace pocos años, se consideraba que América Latina, representada por los gobiernos progresistas, se hallaba a contramano del proceso de radicalización del neoliberalismo, que hoy atraviesa Europa y los Estados Unidos, con sus consecuencias en términos de aumento de las desigualdades, xenofobia y antiglobalismo. Sin embargo, en los últimos tiempos, nuevos vientos ideológicos recorren la región. El final de ciclo progresista, al menos como lo conocimos, es un hecho consumado, en términos de gobierno, de alianzas regionales y clima de época.

El fin de ciclo implicó el ocaso del progresismo como *lingua franca*. Los elementos modulares que caracterizaron esta lengua común fueron el cuestionamiento del neoliberalismo, asociado a los 90; un discurso igualitario que apuntó a la inclusión social, muy especialmente a través de programas sociales y el impulso del consumo; la implementación de políticas económicas heterodoxas y, por último, la aspiración a la construcción de un espacio latinoamericano, desde los cuales pensar la integración regional. Sin duda, la consolidación de una hegemonía política progresista, asociada a estos cuatro elementos modulares, estuvo ligada al boom de los precios internacionales de las materias primas.

A lo largo del ciclo progresista (2000-2015) hubo quienes tendieron a identificar de manera más o menos automática *Progresismos e Izquierdas*. Sin embargo, a nivel nacional y regional, desde las izquierdas, la clarificación de lo que se entendía por Progresismo fue objeto de ásperos debates e interpretaciones, sobre todo en relación a cuestiones ligadas a la concepción del cambio social, el rol de los movimientos sociales y las estrategias de desarrollo, entre otras. Dichas pujas revelaron la tensión creciente

¹ Este es un artículo escrito para un seminario especial organizado por la FRL, de la oficina Andina, en julio de 2019. Se ruega no circular.

entre diferentes narrativas políticas descolonizadoras, sobre todo entre la narrativa nacional-desarrollista y aquella indianista, las cuales tuvieron un gran protagonismo en el cambio de época, esto es, en el cuestionamiento de la hegemonía neoliberal y la apertura de un nuevo escenario político. La narrativa desarrollista, actualizada en clave de neoextractivismo, iría articulándose con otras dimensiones, propias de la tradición populista, tan profundamente arraigada en nuestras latitudes, lo que con el correr de las aguas daría lugar a un *populismo de alta intensidad*,² en sus diferentes expresiones.

De modo que, hacia fines de la primera década del siglo XXI, la categoría “populismo” fue ganando cada vez más terreno para caracterizar a los gobiernos progresistas, hasta tornarse nuevamente un lugar común y devenir también un campo de batalla político e interpretativo. Por un lado, desde sectores mediáticos y el campo de la derecha el concepto de populismo fue muy bastardeado, rápidamente asociado a la demagogia política y económica, el personalismo y la corrupción. Por otro lado, desde sectores académicos se hizo el esfuerzo por abandonar la visión unidimensional y peyorativa de sus detractores para reconocer que, los populismos latinoamericanos del siglo XXI –como sus predecesores del siglo XX– en tanto regímenes políticos son ambivalentes, complejos y multidimensionales.

Así, tal como lo entiendo, los populismos –en plural– constituyen un fenómeno político complejo y contradictorio que presentan una tensión constitutiva entre elementos democráticos y elementos no democráticos. Los populismos pueden ser definidos como una dimensión estructuradora de la política, un modo de entender –y desarticular parcialmente– la verticalidad del vínculo social, que aparece condensado en una cierta concepción del cambio social, en favor de aquellos sectores considerados más desfavorecidos. En términos de tradición, existe una tipología variada, que va desde los populismos de derecha, asociados a un discurso xenófobo y proteccionista, más frecuentes en los países centrales, hasta aquellos de carácter progresista, vinculados a diferentes variantes de los nacionalismos periféricos, tal como tradicionalmente ha venido ocurriendo en la región latinoamericana.

Lo propio de los populismos es que comprenden la política en términos de polarización y de esquemas binarios, lo cual tiene varias consecuencias: por un lado, contribuyen a la simplificación del espacio político, a través de la división en bloques antagónicos (el bloque *popular* versus el bloque *oligárquico*); por otro lado, promueven la selección y jerarquización de determinados antagonismos, en detrimento de otros, los cuales tienden a ser denegados o minimizados en su relevancia y/o validez (cuando no, expulsados de la agenda política), así como la subestimación del pluralismo político y

² Retomo y reformulo un tipo ideal propuesto por el sociólogo Aníbal Viguera (1993) que establece dos dimensiones para definir el populismo: una, según el tipo de participación; y la otra, según las políticas sociales y económicas. En esa línea, distingo entre *populismo de baja intensidad*, vinculado al carácter unidimensional del mismo (estilo político y liderazgo, que puede coexistir con políticas neoliberales), y un *populismo de alta intensidad*, que ensambla estilo político con políticas sociales y económicas, que apuntan a la inclusión social. Asimismo, existen diferentes tipos de populismos de alta intensidad, pues no es lo mismo el populismo de clases medias, representado por el kirchnerismo y el correísmo, que el populismo plebeyo, ilustrado por los casos boliviano y venezolano. He abordado el tema en Svampa, 2016 y 2017.

social. Asimismo, en términos de relación líder/organizaciones, la forma histórica que éstos asumen en la región es el modelo de participación social controlada, esto es, la subordinación de los actores colectivos al líder, bajo el tutelaje estatal.

En esa línea, los populismos latinoamericanos del siglo XXI presentan similitudes con los populismos clásicos del siglo XX (aquellos entre las décadas de 1930 y 1950). Ciertamente, los gobiernos de Hugo Chávez, Néstor Kirchner y Cristina Fernández, Rafael Correa y Evo Morales, incluso el de Lula Da Silva y Dilma Rousseff, provenientes de países con una notoria tradición populista, habilitaron el retorno de *populismos de alta intensidad*, sostenidos en la reivindicación del Estado como constructor de la nación, un tipo de vinculación con las organizaciones sociales, el ejercicio de la política como permanente contradicción entre dos polos antagónicos y, por último, la centralidad de la figura del líder.

Por encima del lenguaje de guerra, lo propio de los populismos del siglo XXI fue la consolidación de un esquema de gobernanza, de un pacto social, en el cual convivieron—aun de manera contradictoria— la tendencia a la inclusión social (expansión de derechos, beneficios a los sectores más postergados e inclusión por el consumo) con el pacto con el gran capital (agronegocios, sectores extractivos, incluso, en algunos casos, con los sectores financieros). En esa línea, y pese al proceso de nacionalizaciones (que hay que analizar en cada caso y en cada país), los progresismos populistas establecieron alianzas con grandes corporaciones transnacionales aumentando el peso de éstas en la economía nacional. Ejemplos de ello son Ecuador, donde las empresas más importantes incrementaron sus ganancias respecto del período anterior; Argentina, que durante el ciclo kirchnerista mostró una mayor concentración y extranjerización de la cúpula empresarial; o Brasil, donde el consenso lulista impulsó la alianza con el sector del agronegocios al tiempo que favoreció al sector financiero.

Una vez dicho esto y al calor del fin del ciclo progresista, cabe preguntarse cuáles han sido los factores que fortalecieron la visibilización y legitimación de valores conservadores, incluso de corte autoritarios/reaccionarios ¿Ha sido el proceso de polarización y la personalización de los liderazgos? ¿Acaso la consolidación de regímenes políticos más tradicionales -populismos plebeyos o de clases medias- facilitó una transición hacia opciones más radicalizadas, de derecha? ¿O la conexión entre los progresismos realmente existentes y el giro conservador es más indirecta, por la vía del debilitamiento de los movimientos sociales? También podemos preguntarnos si la emergencia de una nueva derecha es todavía la excepción en América Latina. Y si ésta no responde a una tendencia global, con vinculaciones indirectas en relación al agotamiento del progresismo en América Latina.

Para intentar responder algunas de estas preguntas, propongo un desarrollo en dos partes. En una primera parte, buscaré trazar un cuadro general del fin de ciclo y el giro a la derecha, a través de la indagación de los cambios políticos ocurridos, los nuevos alineamientos gubernamentales, el hundimiento de la institucionalidad regional progresista gestada en los últimos quince años, en fin, el surgimiento de nuevas alianzas políticas y comerciales, y los nuevos desafíos geopolíticos.

En una segunda parte, haré una lectura de carácter a la vez más teórica pero también más específica, para explicar cómo los populismos y las dinámicas polarizadoras, abrieron ventanas de oportunidad política, instalando nuevos umbrales sociales. Aclaro, sin embargo, que antes que realizar una discusión del concepto populismo y sus múltiples interpretaciones, me interesa partir de la definición dada más arriba (el populismo como ambivalencia, como dinámica de polarización y como pacto social), a fin de explicar cuáles fueron los factores que fortalecieron la visibilización y legitimación de valores conservadores, incluso de corte autoritarios/reaccionarios. En esta línea, analizo cómo las dinámicas recursivas desencadenadas consolidaron campos antagónicos y abrieron a nuevas oportunidades políticas, que visibilizaron y fortalecieron posiciones conservadoras, incluso de carácter reaccionarias y autoritarias. También me interesa dar cuenta del tipo de Derechas que caracterizan a la región, estableciendo diferencias y similitudes entre la Derecha Neoliberal y la Derecha Radical Autoritaria. Por último, retomaré los casos de Brasil y Argentina, dos de los países que encabezaron el final del ciclo, en relación a los campos de conflictos, para dar cuenta, a su vez de este vaivén entre lo político y lo social.

Primera Parte. Fin de ciclo, Gobiernos, alianzas regionales y cambios geopolíticos

En términos de gobiernos, el ocaso del ciclo progresista se habría iniciado en 2015, en Brasil, con el golpe parlamentario contra la presidenta Dilma Rousseff y luego, en Argentina, con el triunfo electoral de Mauricio Macri; se profundizaría en 2017, con la transición ecuatoriana, tras la victoria de Lenin Moreno, cuyo gobierno implicó un distanciamiento crítico de las coordenadas del progresismo de Correa; para completarse en Chile, con el nuevo regreso de Sebastián Piñera al gobierno. Asimismo, la vía espuria del golpe parlamentario conoció expresiones tempranas, primero en Honduras, con la expulsión de Zelaya (2009), y luego en Paraguay, con la rápida destitución de Fernando Lugo (2012); procesos que aceleraron el retorno a un escenario abiertamente conservador en estos países. El fin de ciclo progresista no sólo incluye golpes parlamentarios y procesos electorarios, sino también mutaciones al interior del progresismo, como el caso de Lenin Moreno, pero también la deriva autoritaria del gobierno de N. Maduro en Venezuela, país que desde hace años atraviesa una crisis generalizada –de alcances geopolíticos–; a lo que se añade el viraje abiertamente represivo en Nicaragua, bajo el binomio D. Ortega-R. Murillo, desde 2018, con sus muertos y centenares de presos, digno de la peor de las dictaduras.

Asimismo, fue en 2018 que el giro conservador tuvo también su vuelta de tuerca autoritaria en Brasil, con el encarcelamiento de Lula da Silva y el inesperado y abrumador triunfo en las elecciones presidenciales de Jair Bolsonaro, un político de extrema derecha, que profesa sin pudor alguno, valores autoritarios y políticas militaristas de mano dura. Por añadidura, el cuadro se complica si observamos países con gobierno conservador, por ejemplo, Colombia, en el cual se vislumbra un recrudescimiento represivo, con la llegada de Iván Duque, un político asociado al ala uribista. En 2018 y pese a los acuerdos de paz

firmados con las FARC, “dentro de la categoría de violencia política, se perpetraron 648 asesinatos, 1151 casos de amenaza de muerte, 304 lesionados, 48 atentados, 22 desapariciones forzadas, tres agresiones sexuales y 243 detenciones arbitrarias. En lo que va corrido de 2019 (mes de mayo), han sido asesinados al menos 62 líderes sociales”³.

Otros elementos dan cuenta del cierre del ciclo económico, con el fin del boom de los Commodities y su conexión con hechos de corrupción. Además del connotado caso de Brasil, el escándalo de Odebrecht salpica a Colombia, El Salvador, Honduras, Argentina (pese a que se reconocieron los sobornos y no hay imputados todavía), Ecuador (a poco de asumir, el vicepresidente Jorge Glas fue apartado del cargo), aunque el ejemplo más radical es el Perú, donde cuatro expresidentes fueron llevados a la justicia. En marzo de 2018, el presidente en ejercicio, Pedro Pablo Kuczynski (PPK) debió renunciar, y en abril de 2019, el dos veces presidente Alan García, líder del alicaído APRA, produjo una conmoción internacional al preferir la vía del suicidio, antes que comparecer ante los estrados judiciales. Sin embargo, ahí donde la cuestión de la corrupción ha pegado más fuerte, horadando la credibilidad y el capital político, es en los gobiernos progresistas, que ahora son caracterizados desde sectores de derecha y una parte importante de la sociedad, como “populismos irresponsables”, reducidos a una suerte de cleptocracia perversa, beneficiada por el período de rentabilidad extraordinaria ligada a los commodities.

Los escasos sobrevivientes del ciclo progresista latinoamericano son, de momento, Uruguay y Bolivia. En Uruguay, desde 2005 gobierna el Frente Amplio, con sus diferentes alternancias, confirmando con ello que es uno de los partidos más institucionalistas (y moderados) de la región, poco proclive a los excesos populistas de sus vecinos. Por su parte, en el país andino, Evo Morales, quien gobierna desde 2006, pese a conservar capital político y una envidiable estabilidad económica, aparece cada vez más despojado de capital ético, pues entre otras cosas, desconoció el referéndum de 2016⁴ y forzó las instituciones (Tribunal Nacional Electoral) con el objetivo de ser habilitado nuevamente como candidato a presidente. De triunfar, en octubre de 2019, sería la cuarta gestión para el binomio Evo Morales- Alvaro García Linera.

Mientras tanto, en solitario fervor, asoma como la excepción del “fin de ciclo”, México, a partir del resonante triunfo de Andrés López Obrador, aun si hay que decir que dicho gobierno se instala en una suerte de progresismo fuera de ciclo (o de “progresismo tardío”, como lo denominara Massimo Modonesi⁵), al tiempo que reivindica para sí la “especificidad nacional”.

En términos regionales, el final de ciclo puede ser ilustrado por tres hechos: el primero de ellos está ligado al previsible vaciamiento de la UNASUR (Unión de Naciones Sudamericanas), símbolo máximo del bloque progresista y sus aspiraciones de integración

³ Carta al presidente Ivan Duque de parte de Académicos del mundo y de Colombia, mayo de 2019. <https://comosoc.org/carta-abierta-academicos-a-Duque>

⁴ En febrero de 2016, se llevó a cabo un referendo cuyo objetivo era la aprobación o rechazo del proyecto constitucional para permitir al presidente o vicepresidente del Estado Boliviano a postularse nuevamente a una elección. La negativa se impuso por el 51% de los votos.

⁵ <https://nuso.org/articulo/mexico-el-gobierno-progresista-tardio/>

regional, en clave política. Hay que tener en cuenta que el nuevo regionalismo tuvo su bautismo de fuego en la cumbre de Mar del Plata (Argentina), realizada en 2005, cuando los países latinoamericanos enterraron el ALCA (Alianza Latinoamericana de Libre Comercio), promovido por Estados Unidos, y crearon el ALBA (Alternativa Bolivariana para las Américas), bajo el impulso del carismático Hugo Chávez. En una clara línea latinoamericanista se pergeñaron proyectos ambiciosos, como el de la creación de una moneda única (Sucre) y el Banco del Sur, los cuales sin embargo no prosperaron, en parte debido al escaso entusiasmo de parte de Brasil, país que, a raíz de su rol de potencia emergente, en general juega en otras ligas globales. La creación de la UNASUR, en 2007, y posteriormente de la CELAC (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños), en 2010, inicialmente como foro para procesar los conflictos de la región, por fuera de Washington (pues excluye a Estados Unidos y Canadá), jalona dicho proceso de integración regional.⁶

Ahora bien, en abril de 2018 Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Paraguay y Perú presentaron su baja temporal e indefinida de la UNASUR. Esta decisión fue anunciada bajo la consigna de la no reincorporación hasta que “no se garantice el funcionamiento adecuado de la organización”. “Con esto, UNASUR se quedó con seis miembros activos, menos de la mitad más uno, lo cual la dejó sin fondos y sin poder de decisión, y la convirtió en un organismo únicamente testimonial”.⁷ Un gesto simbólico de este vaciamiento fue el retiro de la estatua en homenaje a Néstor Kirchner que se hallaba en la sede central de UNASUR, en Ecuador, por pedido expreso del presidente Lenin Moreno⁸ así como la decisión de darle otro destino al edificio. Al inicio, en una decisión no exenta de polémicas, se pensó en hacer de éste la sede de la castigada CONAIE, pero luego se acordó en utilizar al edificio como sede de un centro de estudios superiores

⁶ Esto no significa que, durante el ciclo progresista, el UNASUR u otros organismos regionales hayan cumplido con sus objetivos iniciales. En realidad, con el correr del ciclo progresista, la hipótesis del regionalismo desafiante fue relativizada a raíz del pasaje a una Unasur de “baja intensidad” (Comini y Frenkel, 2014), signada por el final de los grandes liderazgos regionales (la muerte de Chávez y de Néstor Kirchner, el alejamiento de Lula Da Silva, tres líderes que apostaron fuertemente a la integración regional). Por otro lado, no hay que desestimar el rol de la UNASUR en la expansión del neoextractivismo. Por ejemplo, a partir de 2007, la IIRSA (Iniciativa para la Infraestructura Regional Sudamericana), rebautizada COSIPLAN, quedó bajo la órbita de la UNASUR, que buscó fortalecer los vínculos entre los países de América del Sur, por medio de la intensificación del comercio regional y de inversiones del Banco Nacional de Desarrollo Económico (BND) en obras de infraestructura. En diversas regiones, los proyectos del IIRSA-Cosiplan serán resistidos y cuestionados. Se trata de 544 proyectos que totalizan una inversión estimada en 130.000 millones de dólares. Para el 2014, el 32,3% de las inversiones dentro de IIRSA estaba reservado al área energética, concentrados principalmente en centrales hidroeléctricas, muy cuestionadas por sus efectos sociales y ambientales, sobre todo en la ya fragilizada zona de la Amazonia brasilera y boliviana—. Más aún, de 31 proyectos prioritarios del Cosiplan, 14 de ellos tocan la Amazonia. (Carpio, 2017).

⁷ <http://www.motoreconomico.com.ar/opinion/qu-le-pas-a-la-unasur>

⁸ <https://www.perfil.com/noticias/politica/ecuador-retira-estatua-nestor-kirchner-no-representa-nuestros-valores-unasur.phtml>

indígenas⁹. Algo similar sucede con la CELAC, (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños), aunque ésta se encuentra más bien en estado de parálisis, dadas los enfrentamientos ideológicos en torno a los posicionamientos respecto de Venezuela y Nicaragua.

En segundo lugar, en contraste con lo anterior, la Alianza del Pacífico (AP), que nació en 2011 como una iniciativa de integración regional formada por Chile, Colombia, México y Perú, para contrabalancear el peso del entonces progresismo hegemónico y su incipiente red de organismos regionales, fue tomando mayor relevancia tanto en términos políticos como sobre todo económicos. Actualmente son veinte los Estados Observadores dentro de la AP, con Panamá y Costa Rica que expresaron su interés por formar parte del bloque. Por ejemplo, Panamá inició negociaciones con México para firmar un Tratado de Libre Comercio y con ello cumplir con los requisitos para incorporarse a la Alianza.¹⁰ Alineada con una política aperturista, en 2019, la AP realizó un acuerdo comercial inédito con el Mercosur. “Las ocho naciones de ambos bloques concentran 79 por ciento de la población de América Latina, 85 puntos porcentuales del producto bruto de la región, 86 por ciento de las exportaciones y 88 puntos porcentuales de la inversión extranjera directa, ponderó el mandatario mexicano, quien hasta ayer fungió de presidente *pro tempore* de la AP.”¹¹

Pero no es solo el desmantelamiento de la institucionalidad regional creada por los progresismos lo que está en juego. Ahí donde pueden percibirse con extrema claridad los cambios es en los alineamientos respecto de lo que sucede en Venezuela, sobre todo a partir de la autoproclamación de Juan Guaidó, el presidente de la Asamblea nacional, como “presidente encargado” (enero de 2019); y en Nicaragua, desde 2018, ante la denuncia y constatación evidente de la violación de derechos humanos. Como era de esperar, el conflicto en Venezuela dividió las aguas, reordenó las alianzas y generó nuevos espacios regionales e internacionales para negociar una salida pacífica (Grupo de Lima, Grupo Internacional de Contacto)- así como confirmó el rol nada neutral de la OEA. Sin embargo, la disputa en Venezuela, emblema del rentismo petrolero, ha desbordado el mapa del subcontinente, e incluso la relación América Latina-Estados Unidos, para colocarla en el tablero geopolítico global, al involucrar otras potencias (mientras USA y la Unión Europea apoyan a Guaidó; China y Rusia se manifestaron en favor del gobierno de Maduro). En este marco, la CELAC quedó paralizada, frente a la división en dos bandos¹², lo cual se agravó al ingresar en la agenda las denuncias contra el gobierno de

⁹ <https://www.efe.com/efe/america/portada/el-presidente-de-ecuador-convertira-la-sede-unasur-en-quito-una-universidad-indigena/20000064-3675570>

¹⁰ http://www.sice.oas.org/TPD/Pacific_Alliance/Pacific_Alliance_s.asp

¹¹ “El primer paso para un eventual e inédito acuerdo comercial en el mundo entre dos bloques económicos fue acordado ayer entre los gobiernos de los países que conforman el Mercado Común del Sur (Mercosur) –Uruguay, Paraguay, Argentina y Brasil– y las naciones que integran la Alianza del Pacífico (México, Chile, Colombia y Perú), al firmar una declaratoria conjunta y el Plan de Acción de Puerto Vallarta”. <https://www.nodal.am/2018/07/libre-comercio-en-la-region-inedito-acuerdo-entre-la-alianza-del-pacifico-y-el-mercosur/>

¹² “Desde hace 2 años, la CELAC enfrenta una parálisis en sus trabajos, derivada principalmente de la división ideológica existente a causa de las crisis en Venezuela y, recientemente, Nicaragua. Prácticamente, la membresía de la CELAC está dividida en dos facciones. Por un lado se

Daniel Ortega en Nicaragua, con centenares de muertos y presos políticos, productos de la represión estatal. En todo caso, la situación de crisis política y colapso generalizado en Venezuela y, en menor medida, la represión en Nicaragua, constituyeron la punta de lanza para cimentar el nuevo eje político conservador compuesto por la tríada Duque-Bolsonaro-Macri, quienes en enero de 2019 reconocieron rápidamente a Guaidó, frente a la prudencia y distanciamiento de otros países, como México y Uruguay. En consecuencia, no es extraño que en marzo de 2019, reunidos en Chile, ya bajo el nuevo gobierno de Sebastian Piñera, Duque, Bolsonaro y Macri, a los que hay que agregar al peruano Martín Vizcarra, el paraguayo Aldo Benítez y el ecuatoriano Lenin Moreno (el único presidente deudor del ciclo progresista), lanzaron el PROSUR, cuyo objetivo es dar el golpe de gracia a la UNASUR, y reemplazarlo por una unidad descentralizada y “sin presión ideológica”¹³

Al mismo tiempo, la contra-respuesta a la hipótesis del “fin de ciclo” y a la ofensiva neoliberal, también supo mostrar el peor costado de los progresismos, a través del Foro de Sao Paulo, al como aparece en su declaración de julio de 2018. Si, por un lado, éste repudió la persecución y posterior encarcelamiento de Lula da Silva (algo que difícilmente pueda ser cuestionable), también expresó de modo enfático su solidaridad incondicional para con los gobiernos de Venezuela y Nicaragua, países en los cuales se denuncian graves violaciones de derechos humanos.¹⁴ A lo largo del ciclo progresista, esta política de apoyo incondicional tuvo también su expresión en CLACSO, pese a integrar centros y grupos de trabajo académico muy heterogéneos y a que se defina por su apuesta al pensamiento crítico¹⁵. El rechazo a cualquier tipo de autocrítica produjo un daño inconmensurable en el campo de las izquierdas, pues no sólo le quitó credibilidad, y promovió el arte de la ventriloquía de parte de no pocos intelectuales alineados de manera automática con los progresismos, sino también facilitó una serie de argumentos

encuentran los integrantes del Grupo de Lima —formado por trece países de la región, y Canadá—, el cual se ha dedicado a bloquear a Venezuela de reuniones regionales y no reconoce al régimen de Nicolás Maduro, además de apoyar la aplicación de la Carta Democrática a Nicaragua en la OEA. Por el otro, están los miembros de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP), que respaldan al gobierno de Venezuela y al de Daniel Ortega en Nicaragua frente a las críticas y sanciones de la comunidad internacional. Este enfrentamiento ideológico ha dado como resultado la cancelación de diversas reuniones sectoriales y ministeriales. Incluso, no fue posible celebrar la VI Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de la CELAC, cuyas cinco ediciones anteriores habían gozado de una periodicidad anual ininterrumpida, hasta ahora.”. <http://revistafal.com/la-celac-en-el-nuevo-escenario-regional/> <http://revistafal.com/la-celac-en-el-nuevo-escenario-regional/>

¹³ <https://www.lanacion.com.ar/politica/macri-viaja-a-chile-para-lanzar-el-prosurmacri-y-varios-presidentes-de-la-region-lanzan-hoy-en-chile-un-nuevo-organismo-nid2231031>

¹⁴ Véase la Declaración del Foro de Sao Paulo de julio de 2018 (<https://www.nodal.am/2018/07/cierra-el-foro-de-sao-paulo-con-fuerte-apoyo-a-lula-nicaragua-y-venezuela/>), así como la inaguración de Clacso del foro de Pensamiento Crítico, que contó con la participación central de varios expresidentes.

¹⁵ Foro de pensamiento crítico realizado en buenos aires, en diciembre de 2018. Una de las pocas voces críticas en términos políticos fue la de Edgardo Lander. Disponible en youtube, <https://www.youtube.com/watch?v=T3aHEdE8wsk>. Véase también de la autora, <http://www.sinpermiso.info/textos/clacso-entre-la-ventriloquia-y-la-ausencia-de-autocritica>

políticos en manos de sectores liberales, conservadores y autoritarios, acerca del conjunto de las izquierdas, dispuestas a movilizarse en contra del imperialismo, pero que “no se interesarían por los derechos humanos” o bien, consideran que éstos son temas relativos a la “democracia liberal”, sin contenidos sustantivos.

En términos geopolíticos, a nivel global, el fin de ciclo y el giro a la derecha se articula con la profundización del cuestionamiento a la globalización neoliberal, visible en la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea (*Brexit*) y del triunfo de Donald Trump en Estados Unidos. Este contexto impulsó la expansión de los populismos de derecha y el crecimiento de la derecha radical, identificada con posicionamientos xenófobos y antiglobalistas. Asociado a profundas transformaciones políticas, económicas y sociales, ocurridas en las últimas décadas, este escenario de derechización, expresa asimismo un deslizamiento político-ideológico de las clases subalternas, que hoy repudian las consecuencias de una globalización desigual, y traducen ese rechazo en propuestas populistas, de corte nacionalista y xenofóbico. En clave norteamericana, esta fenomenal insubordinación contra el actual orden neoliberal mundial ha sido analizada por Nancy Fraser en términos de fin de los “neoliberalismos progresistas” (2017). En Europa, los diferentes procesos electorarios parecen haberse convertido en una suerte de test general sobre el destino de la Unión europea que enfrenta, por un lado, a aquellos que abogan por la continuidad, a partir de la defensa del status quo, del libre comercio y la moneda europea (derechas, partidos de centro y socialdemócratas); por otro lado, una extrema derecha que reclama la salida del euro, la implementación de una política proteccionista y la expulsión masiva de inmigrantes, a quienes se culpa de usufructuar los servicios sociales que ofrecen los estados europeos.

Cabe volver sobre los impactos geopolíticos y regionales producidos por la llegada de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos. Por un lado, las políticas proteccionistas que éste intenta llevar a cabo tienen un innegable impacto global, especialmente en lo que se refiere a la puja interhegemónica con China, potencia global ascendente. La transición hegemónica, que hasta este momento se había asentado sobre una relación de cooperación pacífica entre Estados Unidos y China, según los términos de Wallerstein,¹⁶ pareciera sufrir una inflexión. Por otro lado, Trump encaró una flexibilización de la normativa ambiental, a tono con sus posiciones negacionistas respecto del calentamiento global, lo cual también trajo aparejado un relajamiento internacional en el tema, pese a la gravedad de la crisis socioecológica. Por último, respecto de América Latina, la renegociación del NAFTA y la anunciada salida de Estados Unidos del TPP (Tratado Trans-Pacífico), si bien facilita la consolidación de las (ya asimétricas) relaciones económico-comerciales entre los países latinoamericanos y China, y el ingreso de otras potencias, como Rusia, se vio acompañada por una mayor

¹⁶ Reflexionando sobre las características de esta relación, Wallerstein se preguntaba: “¿Son rivales China y Estados Unidos? Sí, pero hasta cierto punto. ¿Y son enemigos? No, no son enemigos. ¿Y son colaboradores? Son ya más de lo que les gustaría admitir, y lo serán más conforme continúa la década” (Wallerstein, 2012).

injerencia política de Estados Unidos en la región, luego de más una década (desde 2005) de relativa autonomía, muy especialmente en relación con Venezuela y la amenaza de intervención o de apoyo a una intervención militar. Quizá la frase más contundente sobre el fin de ciclo y “el retorno a la normalidad” a las relaciones de subalternidad con Estados Unidos es la que citamos en el epígrafe, pronunciada por PPK, en febrero de 2017 cuando todavía era presidente del Perú, en el momento ser condecorado en la Universidad de Princeton: *"Estados Unidos se enfoca en aquellas áreas donde hay problemas, como el Medio Oriente. No invierte mucho tiempo en América Latina, pues es como un perro simpático que está durmiendo en la alfombra y no genera ningún problema"*¹⁷.

En términos comerciales, durante el ciclo progresista y al calor de la caída de los precios de los commodities (2013), los diferentes gobiernos latinoamericanos contrajeron préstamos con China, firmaron convenios comerciales unilaterales con este país, e incluso algunos (como Ecuador) con la Unión Europea. Asimismo, otorgaron importantes concesiones petroleras y mineras a grandes corporaciones transnacionales, que implicaron fuertes concesiones a la dimensión más anti-imperialista de la retórica progresista. Sin embargo, el doble discurso progresista se hacía todavía en el marco de un andamiaje o institucionalidad latinoamericana vigente, que tensaba, pese a todo, la liberalidad de esos convenios. En la actualidad, al no existir más ese andamiaje regional ni tampoco el lenguaje político latinoamericanista que lo acompañaba (el progresismo como *lingua franca*), se han abierto las puertas para la concreción de otros acuerdos comerciales, los llamados de Nueva Generación, que ya en Europa han generado enormes resistencias¹⁸. Se trata de tratados elaborados en el mayor secretismo, de espaldas a la sociedad, que conllevan una radicalización del neoliberalismo, pues proponen suprimir las barreras aduaneras, eliminar las trabas al comercio, al tiempo que implican una mayor flexibilización de la normativa ambiental y social, establecen un dispositivo de negociación de las diferencias entre las empresas y los estados y buscan liberalizar aquellos sectores de actividad no suficientemente mercantilizados (salud, educación, cultura, entre otros)

En esta línea, hubo un avance del Tratado Transpacífico (TTP), que fue aprobado en México, Chile y Perú, y que crea el área comercial más grande del mundo, pese al retiro de Estados Unidos. Uno de los países donde hubo más resistencia, fue Chile, donde según críticos, el TTP-11,¹⁹ “rebaja de manera considerable los aranceles comerciales a

¹⁷ <https://rpp.pe/peru/actualidad/ppk-para-eeuu-america-latina-es-como-un-perro-simpatico-que-no-genera-problemas-noticia-1033439>

¹⁸ Este es el caso del CETA o Acuerdo Económico y Comercial Global entre Canadá y los países de la Unión Europea, que fue producto de la negociación secreta entre diferentes mandatarios, de espaldas a sus sociedades. En razón de ello, hubo numerosas movilizaciones en diferentes países europeos.

¹⁹ El llamado TPP-11 es el pacto comercial que sustituye al Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP, por sus siglas en inglés), el cual fue suscrito por 12 países el 4 de febrero de 2016. Estados Unidos anunció su salida del CPTPP en enero de 2017, pero los 11 países restantes –Australia, Brunei, Canadá, Chile, Japón, Malasia, Nueva Zelanda, Perú, Singapur,

los países participantes, pero más aún, a las empresas transnacionales. Esto último ha provocado el rechazo de los sectores opositores al gobierno de Sebastián Piñera, quienes han señalado que suscribiendo este tratado Chile cedería soberanía frente a las grandes corporaciones.”²⁰ Lo cierto es que el convenio traerá nuevas asimetrías: mayores inversiones extranjeras en recursos naturales (algo que ya sucede en el intercambio con China y ha potenciado el proceso de reprimarización de las economías), bloqueo de políticas orientadas a la diversificación de la matriz productiva, reduciendo la soberanía nacional; y desplazamiento de la regulación pública que quedaría en manos de tribunales de arbitraje internacional, lo cual favorece a las grandes corporaciones²¹.

Como expresa el especialista Gustavo Merino, del IADE, el TPP11 “continúa expresando, aunque de forma más débil que el TPP, una institucionalidad transnacional, una estatalidad globalista, que busca fijar el sistema de mediaciones (normas y organismos) que se imponen como universalidad para cada Estado particular y que están en relación con una estrategia de acumulación y apropiación de la riqueza social por parte del capital transnacional del Norte Global en competencia con nuevos jugadores emergentes –especialmente China, sus transnacionales estatales, sus alianzas, su inmenso mercado, su competencia en las ramas tecnológicas de primer orden y su influencia euroasiática donde se define el poder mundial-. De hecho, el escrito de más de 6000 páginas del TPP fue elaborado en secreto y sus redactores fueron principalmente representantes de transnacionales y cuadros técnicos formados en sus *think tank*.”²² Asimismo, mientras cerraba este artículo, el Mercosur anunciaba la firma de un TLC con la Unión Europea, el cual debería ser ratificado por el Congreso de los países que componen el bloque regional sudamericano.²³

Por último, el *nuevo clima de época* viene de la mano de la profundización del estado de Excepción. Como señala Emiliano Terán Mantovani, “en Brasil, tras el decreto de militarización de Rio de Janeiro en febrero de 2018, el gobierno de Michel Temer declaró que este plan servirá como un “laboratorio” para todo el país, por lo que no

Vietnam y México– convinieron mantenerlo y el pasado 8 de marzo firmaron el nuevo acuerdo en Santiago de Chile. <https://www.infobae.com/america/mexico/2018/12/30/entro-en-vigor-el-acuerdo-comercial-tpp-11-de-asia-pacifico-que-abrira-para-mexico-los-mercados-de-10-paises/>

²⁰ <https://radio.uchile.cl/2019/04/12/luciana-ghiotto-por-tpp-11-es-el-peor-tratado-de-libre-comercio-de-la-historia/>

²¹ <https://www.eldesconcierto.cl/2018/12/20/tres-razones-para-oponerse-al-tpp-11/>

²² <http://www.iade.org.ar/noticias/relanzamiento-del-tratado-transpacifico-la-continuidad-de-la-geoestrategia-globalista-pesar>. Desde 2016 el presidente argentino M. Macri – cuyo país ha sido además sede de la OMC en 2017 y del G20 en 2018- ha expresado su intención de acercarse al TTP, en una sociedad donde existe escaso conocimiento en cuanto a las consecuencias que éstos conllevan.

²³ <https://www.baenegocios.com/economia-finanzas/Mercosur-Europa-otra-hipoteca-a-30-anos-con-la-mira-en-los-proximos-30-dias-20190627-0080.html>

descartó que las fuerzas armadas sean desplegadas en otras regiones²⁴. En Venezuela, se ha impulsado una creciente militarización de todos los ámbitos de la vida y la instauración, de hecho y de derecho –por decreto oficiales emitidos permanentemente desde enero de 2016–, de un estado de excepción en el país. En Colombia, donde el estado de excepción constituye un instrumento ordinario de la política gubernamental y de las estructuras jurídicas desde hace ya varias décadas, el escenario *Post-acuerdo* de Paz (desde noviembre de 2016) no supone la interrupción del proceso de militarización imperante, la asistencia militar por parte de los EEUU, ni de la intensa represión social y desaparición de activistas que está en desarrollo en el país.” Estos, entre otros procesos, “no deben ser leídos únicamente en clave nacional-estatal, en la medida en la que pueden articularse con la política exterior de las potencias en disputa en la región, principalmente de los Estados Unidos, que instala nuevas bases militares o “task forces” en diversos países (especialmente en Perú, Paraguay, Colombia y Argentina) o impulsa maniobras conjuntas de fuerzas militares (como las operaciones militares que desarrolló con Brasil, Colombia y Perú en la frontera amazónica de estos tres países en noviembre de 2017).²⁵

En suma, la tendencia del corrimiento ideológico hacia la derecha parece ser la regla. Los gobiernos cambiaron, no por única vía: lo hicieron a través de elecciones libres, pero también de mutaciones internas y de golpes parlamentarios. La crisis fue de corte política y económica, pero también revela un agotamiento ideológico, visible en la transformación de los progresismos en populismos de alta intensidad, de su consolidación como modelos de dominación tradicional. Ahora, bajo otro clima político-ideológico, tanto regional como global, despuntan asociaciones que van reuniendo el arco de la derecha latinoamericana, para ir configurando un nuevo mapa. Surgen nuevas alianzas regionales que buscan desplazar el andamiaje regional construido durante el ciclo progresista. En términos geopolíticos, los astros se alinean en la dirección de la multipolaridad, pero al mismo tiempo, el ascenso de Trump implica mayor injerencia política de Estados Unidos en la región, una suerte de “retorno a la normalidad”, con sus nuevas bases militares y sus fuerzas especiales.

Parte II: Polarización, Derechas y oportunidad política

-Una aproximación procesual

Los progresismos latinoamericanos, con sus enormes deficiencias y contradicciones, buscaron implementar un proyecto político de corte igualitario, en contraste con la era neoliberal. Sin embargo, con el correr de los años, más allá de los procesos de democratización, se fueron transformando en modelos de dominación más

²⁴ <https://www.telesurtv.net/news/temer-amenaza-con-militarizar-otras-regiones-brasil-20180228-0028.html>

²⁵ Svampa y Terán Mantovani, 2019.

tradicional, en populismos de alta intensidad. Al calor del boom de los *commodities* y, muy especialmente, de su crisis, alimentaron una dinámica de polarización que en su despliegue iría instalando nuevos umbrales sociales, horadando el pacto social que los sustentaba.

Esta dinámica de polarización puede ser comparada en intensidad e interacción con las campañas políticas. Sin embargo, lo que al inicio es considerado como un mecanismo simplificador más o menos frecuente de la política (la configuración de esquemas binarios), en un determinado campo de conflicto e interacción, al volverse más o menos permanente corre el riesgo de convertirse en un marco de inteligibilidad general de la política y la sociedad. La polarización no sólo va envolviendo actores sociales y grupos políticos diferentes que atraviesan y conforman el campo de conflicto, sino que va adquiriendo una significación más ontológica que política, al generar identidades contrapuestas que se conciben como irreconciliables e irreductibles. Así, no sólo los populismos fueron forjando cadenas de equivalencia²⁶ al calor de virulentas confrontaciones, sino también la oposición, política, económica y mediática, que fue ocupando el espacio público, elaborando repertorios de acción colectiva, movilizandodemandas diferentes, constituyendo y redefiniendo identidades.

Del lado de los progresismos, la polarización produjo una exacerbación de las hipótesis conspirativas: todo terminaba siendo culpa del «imperio», de la derecha o de los grandes medios de comunicación. Toda crítica realizada desde la izquierda ecologista, indígena o clasista, terminaba siendo «funcional» a la lógica de los sectores más concentrados. En el marco de este realineamiento, poca posibilidad había de que emergieran nuevas opciones dentro del campo de la centroizquierda u otras izquierdas, lo cual tendió a agravarse, a raíz del proceso de concentración del poder en los líderes o lideresas. Del lado del campo opositor (político y mediático), lo usual fue la demonización de las diferentes experiencias progresistas, las que, hacia el fin de ciclo, comenzaron a ser caracterizadas como «populismos irresponsables», reducidos sin más a una pura matriz de corrupción y culpables de haber desperdiciado la época de bonanza económica asociada al boom de los *commodities*.

Gran parte de los gobiernos progresistas quedaron atrapados en esta dinámica polarizadora que abrió a nuevas oportunidades políticas a sus opositores, legitimando otros discursos y posicionamientos políticos-sociales, esto es, instalando nuevos umbrales o puntos de inflexión desde los cuales percibir o pensar la sociedad. Leída a la vez como apertura y como cierre, la noción de *umbral* nos habilita a reconocer menos el carácter inherentemente mutante de lo social que a entender cómo se instalan nuevas fronteras sociales, que tienden a reconfigurar nuestra percepción de los hechos y establecen nuevos

²⁶ Utilizo el concepto de “cadenas de equivalencia” introducido por Laclau, referido a la capacidad de un discurso (un significante vacío) de articular demandas sociales heterogéneas, sin por ello apelar al esquema interpretativo de este autor en relación al populismo.

consensos.²⁷ Breno Bringel²⁸ desarrolla un enfoque procesual similar al que propongo aquí, a través del concepto de “campos de acción”, al cual define como “configuraciones sociopolíticas y culturales, que expresan ordenes societales en los cuales los actores interactúan entre ellos y otros campos”, que incluyen no sólo movimientos sociales, sino partidos políticos y otros grupos en disputa. Esta conceptualización propone ir más allá de la noción de matrices socio-políticas contestatarias para analizar la dinámica de movilización social, e incluir a los movimientos y grupos de derecha e incluso de extrema derecha, en un campo más amplio.

En términos más específicos este contexto de polarización y de recursividad acelerada, la dualidad y ambivalencia propia de los populismos resultaron políticamente insostenibles en el tiempo, pues en la medida en que éstos fueron revelando sus limitaciones y sus déficits, más aún su agotamiento, los más beneficiados terminaron por ser los sectores más conservadores y reaccionarios. Esto explica asimismo por qué, en general, la salida de los regímenes populistas suele ser traumática, pues no solo abre a episodios revanchistas, en términos sociales y políticos, sino que, además, el contexto de polarización genera nuevas oportunidades políticas, a partir de las cuales se habilitan lenguajes y demandas más conservadoras y autoritarias.

Ciclos y Derechas, entre lo político y lo social

Desde el punto de vista histórico, suelen distinguirse ciclos diferentes de la derecha:²⁹ el primero, entre 1964 y 1985, caracterizado por la *Derecha Dictatorial*, asociada al ejército y las fuerzas conservadoras; una derecha que instauró, de la mano de la doctrina de seguridad nacional, el terrorismo de Estado y terminó violentamente con la vida de centenares de miles de miembros de la sociedad civil. Las dictaduras del Cono Sur (Brasil, Uruguay, Chile y Argentina, en orden cronológico, ilustran este período oscuro de la historia)

²⁷ La complejidad del mundo social exige la adopción de un enfoque procesual, que subraye tanto la interrelación de los actores, como el carácter dinámico y recursivo de lo social. Sostener que la realidad social presenta no sólo un carácter dinámico, sino también recursivo, conduce a afirmar que el movimiento, el proceso de interacción, va generando nuevos umbrales desde los cuáles pensar la sociedad. En ese sentido, una noción que nos puede ayudar en el análisis de la polarización es la de “umbral de pasaje”, a fin de referimos a aquellos momentos de interacción en los cuales se percibe una inflexión, un punto de condensación, sino de redefinición –parcial o global- de la situación. La historia política nos proporciona muchos ejemplos de ello. He tratado el tema en Svampa, 2008.

²⁸ B. Bringel y José Mauricio Domingues: 2018, pp.132-139.

²⁹ Retomamos los dos primeros ciclos planteados por Francisco López Segrera (2016), aunque diferimos respecto de la caracterización del tercer ciclo. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/gsd/collect/clacso/index/assoc/D11890.dir/America-Latina-Crisis-del-neoliberalismo.pdf>

Un segundo ciclo aparece asociado a la *Derecha neoliberal*, que se extendería entre 1985 y la actualidad, de la mano del ajuste estructural y el Consenso de Washington. Se trata de una derecha que combina cierto respeto por los marcos institucionales (no en todos los casos), con políticas de seguridad de mano dura. Su rasgo más notorio es la plasticidad ideológica, al acoplarse con tradiciones políticas diferentes, desde aquellas populistas (Menem, en Argentina) los nuevos *outsiders* de la política, (como Fujimori, en Perú), o políticos más conservadores (como Fernando Henrique Cardoso en Brasil). En el marco del reciente ciclo progresista, estas derechas estuvieron lejos de desaparecer, representadas por gobiernos conservadores. Ciertamente no encarnaron la novedad, pues las expectativas políticas estaban puestas en los gobiernos progresistas, pero tanto Perú, Colombia y –hasta hace muy poco- México, a los que hay que sumar Paraguay y Honduras y las alternancias conservadoras en Chile, ilustraron –aun con matices diferentes- este persistente modelo de Derecha Conservadora Neoliberal.

En relación al actual escenario, es posible hablar de un nuevo ciclo, a condición de aclarar que no hay una única derecha ni una derecha hegemónica, pese al ocaso del progresismo. En realidad, desde el punto de vista político, a la *Derecha Neoliberal* actualizada en clave neoconservadora o pospolítica, hay que sumar la emergencia de una *Derecha Radical Autoritaria*, que mantiene una relación más ambigua con el neoliberalismo, al tiempo propone una vuelta a los valores jerárquicos y los dualismos tradicionales.

Tanto el gobierno Mauricio Macri (Argentina) como el de Michel Temer (Brasil), Horacio Cartes (Paraguay) e incluso aquel de Lenin Moreno (Ecuador, con los matices del caso), se insertan en la estela de la Derecha conservadora neoliberal, aún si presentan rasgos diferenciadores respecto de otros períodos. Por un lado, se trata de derechas pospopulistas, que apuntan sus críticas al ciclo progresista. Son derechas cuya emergencia está marcada por la polarización, como dimensión fundamental de la estructuración de identidades políticas. Por otro lado, desarrollan políticas de ajuste en contextos de caída de los precios de los commodities y de crisis socioeconómica.

La Derecha neoliberal

El caso de Argentina es paradigmático. En 2015, el ascenso de Mauricio Macri se dio en un contexto de intensificación de la polarización, en el cual confluyeron el cansancio hacia una sobreactuada épica populista, y los primeros impactos de la crisis económica. Una parte importante de la sociedad argentina planteaba la necesidad de una alternancia, algo que brindara una bocanada de aire fresco en términos políticos y que, al mismo tiempo, abriera la posibilidad a un mejoramiento de sus oportunidades económicas. En ese marco, el espacio anti-kirchnerista logró articular otras demandas, por ejemplo, las promesas del crecimiento económico, (“la lluvia de inversiones”) de mano del discurso de la eficiencia económica; a su vez, ésta se articuló con la demanda de las clases medias urbanas y rurales, pequeños y medianos empresarios, economías regionales, que votaron a Mauricio Macri porque creyeron que, siendo empresario (y,

además, hijo de inmigrantes europeos), éste podría entenderlos y apoyarlos. Asimismo, no pocos argentinos de clase media baja también lo votaron en contra de la “patria asistencialista”, para confirmar su distancia en relación a los más pobres, asistidos por el Estado. Cerraba fuertemente esta cadena de equivalencias el discurso anticorrupción y la promesa de un orden republicano, menos conflictivo y pospolítico³⁰. Sin embargo, Macri no logró construir un populismo conservador y con pretensiones pospolíticas. Apenas asumió el gobierno, abandonó las promesas de “pobreza cero” y desempolvó el léxico de la derecha neoliberal, típica de los `90, que se creía desterrado: ajustes, tarifazos, predominio de los mercados, altas tasas de desocupación, vuelta al FMI, riesgo país. La idea misma de “nueva derecha” se diluyó, al calor del ajuste neoliberal y el discurso de clase, más allá de que el gobierno no solo mantuviera, sino aumentara considerablemente los programas sociales en relación con los sectores excluidos, en un contexto de aumento de la pobreza y la desocupación (que en junio de 2019 superó el 10%).

En 2019, el escenario pareciera ser otro: para quienes fueron sus votantes, el gobierno de Macri, perdido en el laberinto del retroceso social y el agravamiento de la pobreza y la inflación, se reveló finalmente como un fraude. Al calor de la crisis económica, social, financiera y el ajuste permanente, aquella cadena de equivalencias políticas que lo llevó de modo casi inesperado a la Casa Rosada, se ha quebrado³¹. Si quedan eslabones de ella, para las elecciones presidenciales de octubre del corriente año, lo que estará disponible para la oferta macrista –y a lo que apuesta denodadamente el oficialismo– es el antikirchnerismo *en estado puro* (como «pesada herencia»; como «populismo irresponsable», como sinónimo de «corrupción», «mayor riesgo país» y «aislamiento del mundo», como retorno al «conflicto» y a la «venganza», entre otros), pero sin un imaginario conservador positivo como propuesta alternativa.

En suma, luego de 11 años de polarización salvaje (2008-2019),³² la Argentina devuelve la imagen de una sociedad muy dañada, en la cual la derecha conservadora y

³⁰ Según el sociólogo Gabriel Vommaro (2017), se trataría de una nueva derecha que busca la desconfliktualización de la política, que atribuye la idea de conflicto e ideología al kirchnerismo y a los partidos tradicionales. Sin embargo, el fracaso económico de un proyecto que inicialmente quería colocarse en el centro, hizo que éste impulsara aún más la polarización.

³¹ En realidad, el imaginario político conservador, portador de una visión empresarial, con responsabilidad limitada y negadora de las ideologías, pero abierto a la posibilidad de un pacto social, económico y moral, sólo vivió de modo efímero en el imaginario de los votantes, machacado una y otra vez por los grandes medios de comunicación que abiertamente jugaron en favor de Macri, aún en plena recesión.

³² En Argentina, la piedra de toque de la polarización fue el conflicto por la renta agraria extraordinaria que, en 2008, enfrentó a Cristina Fernández, apenas asumida como presidenta, con los sectores agrarios (oposición que aglutinó el conjunto de las corporaciones agrarias). Pronto, el desacuerdo por el aumento de las retenciones agrarias adoptó dimensiones políticas: tanto la respuesta inflexible del gobierno (llamándolos «piquetes de la abundancia») como la rápida reacción de sectores de clase media porteña, que salieron a la calle en apoyo del «campo», cuestionando el estilo beligerante del gobierno, sirvieron para reactualizar viejos esquemas de carácter binario, que atraviesan la cultura política argentina: civilización / barbarie; peronismo / antiperonismo; pueblo / antipueblo; nación / antinación. Como en otras épocas de la historia

neoliberal continúa con chances de continuar en el gobierno, mientras que el progresismo se ha desplazado hacia el centro político, para poder captar votos más despolarizados. Esto ha generado una derechización de la oferta política electoral, aun si no se advierten grandes corrimientos hacia una extrema derecha abiertamente antidemocrática.

En Brasil, el 2013 marcó el parteaguas.³³ La crisis, primero de orden financiero, abrió a un nuevo ciclo de protestas, una «apertura societaria», como propone pensarla Breno Bringel, ya citado, visible en la confluencia y disputa en la calle de sectores con tradiciones políticas muy diversas: desde el alteractivista (con fuerte protagonismo en el Movimiento Pase Libre), el campo liberal-conservador (que apoyó la operación Lava Jato y tendría una política agresiva contra el «campo popular-democrático» representado por el PT), hasta el temido campo autoritario-reaccionario (de talante antidemocrático, nostálgico de la dictadura militar). El golpe de estado parlamentario contra Ruosseff consolidó la «radicalización conservadora»³⁴ que sería liderada por Michel Temer, quien de todos modos careció de la legitimidad política para llevar a cabo las reformas neoliberales.

Más difícil resulta clasificar al gobierno de Lenin Moreno, quien se presenta al mismo tiempo como una continuidad y una mutación dentro del progresismo. Mientras

argentina, los esquemas dicotómicos, que comenzaron siendo principios reductores de la complejidad en un momento de conflicto, terminaron por funcionar como una estructura de inteligibilidad de la realidad política, tanto para aquellos que se identificaban con el campo popular democrático, como para aquellos identificados el campo liberal-republicano. Amén de ello, la polarización social ilustraba una suerte de fractura instalada en el corazón mismo de las clases medias argentinas.

³³ Una aclaración se hace necesaria. A diferencia del argentino, que aparece como emblemático, pocas veces se ha reconocido que la experiencia del Partido de los Trabajadores (PT) bajo el gobierno, también forma parte de los populismos latinoamericanos. Ciertamente, el caso del PT tiene sus peculiaridades y puede ser leído como un populismo transformista; o, de modo más gramsciano, en términos de «revolución pasiva». Para el brasileño André Singer, este último concepto es clave en la explicación del lulismo, pues éste vendría a instituirse en una variante conservadora de la modernización. En realidad, la estrategia política del PT se expresó en el llamado «pacto lulista», un modelo que proponía satisfacer a la vez los intereses de los trabajadores y las clases medias, a través de reformas sociales graduales y la expansión del consumo, como los intereses de los empresarios, a través de una política de apertura a las inversiones y de fomento estatal. El «pacto lulista» funcionó entre 2003 y 2013, en el marco del crecimiento económico impulsado por lo que he llamado el «consenso de los commodities», muy atado al sistema financiero, e implicó un mejoramiento de la situación de las clases populares, en uno de los países más desiguales de la región. Al mismo tiempo, conllevó la creciente burocratización del PT, la temprana deriva en la corrupción (el *Mensalão*, 2005), el progresivo abandono de la política de reforma agraria, la expansión del agronegocios y el acaparamiento de tierras en manos de latifundistas. En suma, no solo a causa de sus políticas, sino por el temprano cambio de su composición orgánica, el PT, el principal partido de izquierda clasista del continente, devino en el poder, transformismo mediante, un régimen populista.

³⁴Salvador Schalvelzon, 29/06/2016. <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=217321>, recuperado el 24/5/2019.

que para Alberto Acosta y J.Cajas Guijarro es “un neoliberal más”³⁵, para Pablo Ospina, “Si la política económica ecuatoriana puede ser legítimamente calificada como de «derecha», lo discutible es que con Moreno hayamos presenciado algún «giro».³⁶ Efectivamente, para todos estos autores, el gobierno de Moreno habría profundizado el modelo del ajuste fiscal y de las concesiones petroleras a empresas extranjeras que inició Rafael Correa en 2014.

La Derecha Radical Autoritaria

En Brasil, la crisis del sistema democrático, con el escándalo de Odebrecht, conllevó la caída de la clase política y empresarial y la descomposición del sistema político tradicional. En el corto período que se establece entre la destitución de Rousseff (2015) y el posterior encarcelamiento de Lula da Silva (2018), se fue tejiendo una cadena de equivalencias sobre la cual se montaron las demandas del campo más autoritario y conservador, que encontraron una traducción político-electoral. En lo político, y más allá del sentimiento antipetista de las clases medias y altas y de la eficacia de los *fake news*, el triunfo de Jair Bolsonaro expresó un llamado social a restablecer los valores morales tradicionales y las jerarquías depuestas. Emergió así una nueva oferta política, un populismo de extrema derecha, con importantes elementos de fascismo explícito,³⁷ en el cual convergen la apelación a un orden capitalista clásico/autoritario con el llamado al orden patriarcal tradicional, el de la previsibilidad de las divisiones binarias, el de la distinción entre «lo normal y lo patológico/lo desviado».

En esa línea, el vertiginoso ascenso de Bolsonaro resitúa a América latina en el escenario político global, en consonancia con lo que sucede en los Estados Unidos de Trump y en los países europeos, donde se expanden los partidos antisistema, de la mano de la extrema derecha xenófoba, antiglobalista y proteccionista. En el marco de una reacción antiprogresista generalizada, la extrema derecha en su versión populista, o más bien cuasi fascista, surgió como una de las ofertas disponibles, vehiculando un discurso anti-corrupción, a través del cual se visibilizan otras demandas, desde aquellas que proclaman la defensa de la familia tradicional en contra del estado, la crítica al garantismo y a la política de derechos humanos, a la “ideología de género y la diversidad sexual”³⁸, hasta las que habilitan incluso la defensa de la dictadura militar o la justificación de la tortura.

³⁵ <https://lalineadefuego.info/2018/09/04/moreno-un-neoliberal-mas-por-alberto-acosta-y-john-cajas-guijarro/>

³⁶ <https://nuso.org/articulo/ecuador-moreno-correa-elecciones-politica/>

³⁷ Resulta difícil trazar las fronteras entre populismos de extrema derecha y derechas fascistas, pero ciertamente, como afirma Chantal Mouffe (2019), una diferencia es que mientras el populismo de derecha reivindica la democracia en clave xenófoba, el fascismo apela abiertamente a valores autoritarios.

³⁸ Véase de Pablo Stefanoni (2018) los alcances de la crítica al llamado “marxismo cultural”, que apunta sobre todo a la llamada ideología de género y diversidad sexual, así como el discurso garantista y de derechos humanos.

Posteriormente, en 2018, el encarcelamiento de Lula Da Silva y la imposibilidad de que este se presentara a elecciones generales, pusieron de manifiesto tanto la debilidad del campo popular democrático (del PT y de los movimientos sociales que lo acompañaron, entre ellos el MST), habilitando discursos de carácter antidemocrático, promovidos desde el campo autoritario-reaccionario. Instalado el nuevo umbral, reconfigurada las fronteras políticas entre lo democrático y lo no democrático, el pasaje de un gobierno de derecha más conservadora y neoliberal, que accedió a través de un golpe parlamentario, a uno de derecha radical, por la vía de las urnas, fue muy rápido. Un dato no menor es que, en contraste con la Argentina, en Brasil la polarización no irrumpió en un período de auge económico, sino que coincidió con el fin del boom de los commodities y el agotamiento del «pacto lulista», hacia 2013.

-Elementos en común y diferencias

Por encima de las diferencias realmente existentes, en América Latina hay varios elementos en común entre la Derecha Neoliberal y la Derecha Radical Autoritaria:

-La tendencia empresarial es la norma. Existe así una presencia importante de ministros en el gobierno que provienen del mundo de CEOs empresariales, que fungen como representantes directos de los grandes grupos económicos. No es casual que los grandes grupos económicos hayan obtenido una remisión de las deudas (patronales y tributarias) (Acosta y cajas Guijarro, 2018). Son gobiernos neo-empresariales que se proponen llevar a cabo la reforma laboral –y provisional –, realizan el ajuste fiscal, contraen la inversión pública y disparan la desocupación. Por ejemplo, en Argentina y Ecuador, tras el discurso de la política gradual de ajuste, hubo un regreso al FMI, lo que sin duda aceleró el ajuste. El aumento de la pobreza se combina así con la ampliación de las brechas de la desigualdad.

-Los procesos judiciales ligados a hechos de corrupción comenzaron a ocupar un gran espacio en la agenda política. En esa línea, la justicia juega un papel importante en la unidimensionalización del legado del ciclo progresista. Si bien la corrupción involucra una parte importante de la clase política y empresarial, apuntan de manera especial a deslegitimar los progresismos,³⁹ a fin de bloquear cualquier posibilidad de realización de un balance complejo y multidimensional, instalando la idea de que éstos, lejos de perseguir la igualdad, son y han sido populismos corruptos e irresponsables. Este discurso antiprogresista señala como encarnación de todos los males políticos al régimen venezolano de N. Maduro, símbolo mayor de la corrupción y de la dictadura.

-La expansión de las fronteras del capital y construcción del enemigo interno. El impulso de una nueva fase de expansión del neoextractivismo, en todas sus modalidades (agronegocios, minería, fracking, megarepresas, entre otros), que atraviesa a la región latinoamericana, ha sido avalado por fuertes medidas represivas (Svampa, 2018; Svampa

³⁹ Con ello no estamos afirmando que los progresismos no hayan cometido actos de corrupción. Antes bien, lo que enunciamos es la unidimensionalización de la experiencia progresista, por la vía de su asimilación a la corrupción.

y Teran Mantovani, 2019). En esta línea, desde las Derechas se destaca la construcción del “enemigo interno”, un elemento que nos remonta a la época de la Doctrina de Seguridad Nacional. Mientras que en Argentina el enemigo interno es representado por los mapuches, en la zona de la Patagonia; en Brasil el concepto es mucho más englobante, pues se trata de un discurso no sólo anti-indígena, sino también antigarantista, antigay y racista. Así, mientras se militarizan territorios y se promueve el avance de las fronteras del capital, América latina continúa en el top del ranking mundial en términos de asesinatos a activistas de derechos humanos y activistas ambientales (Global Witness, 2017 y 2019)

- Como ya ha sido dicho, estas derechas apuntan al vaciamiento de las instituciones regionales creadas durante el ciclo progresista (Unasur, Alba) y hoy se encaminan a construir nuevos espacios de integración, de la mano de la multilateralidad y el libre mercado. En términos de opciones geopolíticas, la consolidación de una nueva dependencia económica, comercial y tecnológica con China, por la vía de inversiones en infraestructura y extracción de bienes comunes, así como a través de la firma de convenios bilaterales y Acuerdos comerciales de nueva generación, coexiste con el abierto acercamiento de los diferentes gobiernos con Estados Unidos, marcado por el trumpismo, su discurso proteccionista y su lenguaje de guerra. Es la “vuelta a la normalidad” en las relaciones Estados Unidos-América Latina, pero a condición de reconocer que este acto de subalternidad se realiza en un contexto geopolítico complejo y cambiante, marcado por la multipolaridad. Así, mientras se amplían las bases militares norteamericanas en la región, también lo hacen las áreas de comercio con otros países (el Pacífico, Rusia, China).

Por otro lado, existen diferencias notorias entre ambas Derechas, en cuanto a la concepción de lo social y sus valores y quiénes están llamado a ser los protagonistas del cambio: mientras la Derecha Neoliberal se mantiene en una línea de convergencia entre clasismo y neoliberalismo, entre conservadurismo y liberalismo cultural, ensalzando la meritocracia y sumando algunos elementos ligados a la retórica pospolítica; la Derecha Radical expresa la legitimación de valores autoritarios y jerárquicos, abre la puerta a un fascismo social⁴⁰ algo que en el límite, propone la eliminación del otro diferente, así como una vuelta radical a los dualismos patriarcales tradicionales (pares binarios que oponen y jerarquizan un polo sobre otro, en términos raciales, sociales, de género y generacionales).

Asimismo, mientras que la Derecha Neoliberal combate el igualitarismo a través de la despolitización y busca articularlo en clave de mercado, de meritocracia y de nuevas oportunidades “aspiracionales”-, la Derecha Radical propone desinstalar la clave meritocrática, expulsándola del dispositivo político institucional, para rearmar el esquema societario en una nueva clave: la que opone “la mayoría silenciosa” a la clase de los expertos, sean que éstos pertenezcan a la clase política/económica y financiera; o de modo más específico, a los expertos asociados a las izquierdas académicas, cuyo discurso se

⁴⁰ Entiendo el fascismo social en la línea en que lo define Boaventura de Sousa Santos (2009), el cual es generado desde la sociedad y conoce diferentes expresiones o manifestaciones sociales.

centra en el feminismo y la defensa de la diversidad sexual y étnica. No es casual entonces que, en este último caso, el enemigo no sea sólo político, sino también “cultural”, ilustrado por una “élite privilegiada de izquierda”, a todas luces universitaria, que promueve “valores disolventes”. Los ataques del gobierno de Bolsonaro contra la educación las universidades públicas brasileñas – y particularmente contra las ciencias sociales y humanas- son un claro ejemplo de ello. No sólo se repudia su condición de “expertos”, sino que además se responsabiliza a éstos de ser los portadores de discursos y prácticas que atentan contra los “valores de la familia y la vida”, (el posestructuralismo, y su defensa de la llamada “ideología de género”, “el discurso gay”, la defensa de las minorías sexuales y étnicas, el discurso en defensa de los derechos humanos).

En esa línea también conviene distinguir entre la Derecha radical que encontramos en América latina (al menos, hasta el momento) y aquella otra que se expande en Europa y Estados Unidos. Mientras que en términos generales en el norte global, la derecha radical tiene una relación más ambigua con el neoliberalismo; más aún, trasluce un rechazo al sistema de desigualdades profundizado por la globalización neoliberal, en clave xenofóbica y proteccionista; en América Latina ésta aparece como una reacción contra los populismos progresistas, y articula en clave antiguarantista o antiderechos desde demandas como la seguridad, el rechazo a un estado asistencialista, hasta la defensa de los valores familiares tradicionales en contra del discurso gay/feminista/antipatriarcal.

En suma, contra ellxs, la nueva Derecha Radical, propone una narrativa “anti-elitista”, “anti-privilegios”, busca reivindicar una “verdadera democracia”, el de las “mayorías silenciosas”. Pero, mientras que en Estados Unidos y Europa este discurso anti-elitista opone de modo prioritario “los políticos ciudadanos” contra los “políticos expertos” (de izquierda y de derecha)⁴¹, y apunta contra los inmigrantes; en América Latina, la derecha radical es primariamente antiguarantista o antiderechos y apunta contra *la clase cultural progresista y las izquierdas*, representada de modo paradigmático por las ciencias sociales y el saber experto universitario. En ambos casos, se trata de un “discurso moral”, que opone las creencias del pueblo (la mayoría) contra una clase dominante (los “expertos”), y puja por (re)instalar el dispositivo jerárquico tradicional.

De lo social a lo político-electoral.

Ha sido dicho que Argentina y Brasil comparten el giro político a la derecha, pero de modo diferente. Mientras que una lo hizo de la mano de una derecha política más conservadora y neoliberal, más ligada –incluso en su propio fracaso- a los `90; el caso de Brasil ilustra la emergencia de una nueva derecha radical antidemocrática. Sin embargo, a nivel social, y pese a las diferencias, en Argentina existen elementos propios del giro reaccionario-autoritario que vemos en Brasil, aunque éste encontró vías de expresión más específicas: primero durante la discusión y sanción de la Ley de matrimonio igualitario

⁴¹ Vease el perfil de Steve Bannon, https://elpais.com/internacional/2019/03/24/actualidad/1553454729_290547.html

en 2010, luego, de manera más virulenta, con el proyecto de legalización del aborto, en 2018.

Tengamos en cuenta que el debate por el aborto legal instaló en la agenda pública no solo la problemática de la violencia de género, sino también un potente discurso feminista de decidido corte antipatriarcal. El abigarrado espacio del *Ni una menos* (que surgió en 2015) es un movimiento de movimientos caracterizado por la movilización masiva, en el cual convergieron dos olas: aquella representada por los colectivos feministas que desde hace décadas vienen bregando por la legalización del aborto, con la ola más reciente, ilustrada por la flamante vitalidad antipatriarcal de las más jóvenes. La lucha por la legalización del aborto hizo que este movimiento intergeneracional se convirtiera en una nueva fuerza social, una revolución de alcances inesperados, donde las mujeres expresan un nuevo ethos que se coloca por encima de los clivajes ideológicos (la *sororidad* y la autonomía de los cuerpos).

En 2018, la discusión por el aborto legal dividió a la sociedad argentina en dos campos: por un lado, el campo liberal-democrático y el radical-feminista; por otro lado, el campo liberal conservador y el reaccionario-autoritario. Este último campo, el de los pañuelos celestes, autodenominado «próvida», desarrolló una gran capacidad de movilización, de la mano de sectores pentecostales y el catolicismo ultraconservador; ejerciendo una abierta presión sobre lxs legisladorxs nacionales para rechazar el proyecto de ley del aborto en el Senado, además de impulsar interpretaciones forzadas, lesivas e incluso desquiciadas –como comparar el derecho al aborto con el nazismo, o con la última dictadura militar argentina.

Sin duda, la marea verde feminista constituye el movimiento social más potente e innovador de la Argentina de las últimas décadas.⁴² Ahora bien, pese a la derrota del proyecto de ley en favor del aborto en el Senado, la masividad del movimiento hizo creer a muchxs que, más allá de la batalla perdida, éste no sólo había llegado para quedarse, sino también que, más temprano que tarde, se haría justicia. En contraste con este optimismo, hoy la marea verde feminista tiene su *backlash*, su reacción conservadora. Por un lado, en el norte del país, donde ésta suele ser más automática y notoria, e involucra la activa complicidad de funcionarios locales y provinciales, comenzaron a realizarse acciones que pretenden obstaculizar los abortos no punibles (en casos de violación, y cuando existe peligro para la vida o la salud de la mujer, algo que la legislación argentina garantiza desde 1921). Por otro lado, surgieron “grupos de padres” (que en realidad son grupos organizados de activistas antiderechos), para movilizarse en rechazo de la ley de Educación Sexual Integral en las escuelas, norma cuyo carácter progresista es innegable. Por último, el dato más novedoso lo aporta una de las provincias consideradas más progresistas, Santa Fe, donde una modelo y panelista televisiva, Amalia Granata, que se opone al aborto legal, obtuvo en las elecciones provinciales de junio de 2018, nada menos

⁴² Existe también una reflexión crítica que se orienta a problematizar la dirección punitivista de ciertas corrientes del feminismo actual. Para aportes en una clara línea crítica y progresista, véase Rita Segato (2019), así como Cristina Vega (2018). Para una visión desde la derecha, que critica el punitivismo ligado a las “izquierdas políticamente correctas” y postestructuralistas, véase Schapiro, 2019.

que el 20% de los votos. Ella, junto con otros cinco candidatos de su lista (sectores pentecostales y de extrema derecha), serán legisladores provinciales, en nombre de un partido denominado, "Unite por la familia y la vida". En esta línea, la nueva presentación del proyecto de Ley del aborto legal, realizada en mayo de 2019 ante el Congreso nacional, presagia la reedición de contiendas sociales y nuevas espirales de polarización.

Es probable que la elección en Santa Fe encuentre nuevas réplicas en otras provincias. Aunque ahora esas demandas se encuentran todavía dispersas, al calor de la polarización, vaya a saber si estos grupos no podrían confluir con otros que apelan a la "mano dura" y proclaman la defensa del orden capitalista clásico/autoritario, convirtiéndose –como sucedió en Brasil- en eslabones en una misma cadena de equivalencia.

En suma, a diferencia del Brasil, en Argentina la polarización no tuvo su despliegue inicial en un período de declive económico, sino todo lo contrario; tampoco la reacción autoritaria golpeó de lleno al populismo como régimen, sino más bien se orientó contra la marea verde feminista y su agenda de derechos, ya bajo un gobierno de derecha. Sin embargo, más allá de la diversidad de escenarios políticos y de tiempos económicos, lo llamativo es que estas corrientes sociales autoritarias atraviesan el conjunto de los países latinoamericanos, con diferentes grados de expresión y visibilidad, ilustradas por la movilización de los sectores pentecostales y ultracatólicos, así como por la emergencia de nuevas agrupaciones de derecha y anarquistas libertarios, que batallan en contra de lo que denominan "el marxismo cultural", esto es, contra el discurso garantista, contra el feminismo, la llamado "ideología de género", contra la diversidad sexual, proponiendo un claro regreso a las divisiones binarias tradicionales.

Nuestro planeta está en peligro. El cambio climático, como expresión más visible de la crisis socio-ecológica es una realidad. Los eventos extremos, la expansión destructiva del modelo neoextractivista en los territorios, sus impactos múltiples, la toxicidad de nuestros alimentos, la amenaza del colapso energético, hacen que habitantes del campo o de la ciudad sintamos diariamente el roce de la catástrofe, la cola del monstruo en la oscuridad. Lamentablemente, no siempre esa sensación de desamparo y de crisis ha servido para abrir el debate público sobre estos temas tan acuciantes, para pensar sobre la situación crítica de nuestros sistemas socio-naturales, sobre la necesidad de un nuevo paradigma civilizatorio; sobre las consecuencias del avance de la comoditización de la naturaleza. Pero también hemos aprendido que esta gran problemática no es la única cola del monstruo en medio de la oscuridad. La regresión es también política y sacude a numerosas sociedades, tanto en el Norte como el Sur global, donde se expande la derecha radical, que abre la puerta a diferentes expresiones del fascismo social.

En tal sentido, la relación entre progresismos y giro conservador no es lineal, aunque la polarización abrió nuevas ventanas de oportunidad. Así, lo novedoso en América Latina no es la polarización propia del ciclo progresista, ya clausurado, sino más bien la fragilidad del escenario político emergente. El posprogresismo en clave latinoamericana trae la amenaza de un backlash, de una reacción virulenta en contra de la expansión de derechos, de retorno de lo reprimido, capaz de desplegarse a través de peligrosas cadenas de equivalencia, que engarza tanto con las nuevas derechas tradicionalistas como con los fundamentalismos religiosos. En Brasil, esas corrientes sociales encontraron sorpresivamente una traducción y una convergencia política electoral, que dieron nacimiento a una nueva derecha radical. En Argentina -y probablemente en otros países-, apuntan a golpear al movimiento social más potente surgido en los últimos 30 años, el feminismo antipatriarcal, ilustrado por la lucha en favor del aborto legal.

Es cierto que no está dicho que la reacción autoritaria haya llegado para quedarse, pues múltiples son las fuerzas igualitarias que recorren el continente, de la mano de diferentes tradiciones de lucha, desde aquellos que redoblan la acción anti-neoliberal ante el regreso de los tiempos de oscuridad (organizaciones sindicales y movimientos socioterritoriales urbanos), hasta aquellos otros que encarnan la expansión de nuevos derechos y bregan por abrir a otros horizontes civilizatorios (movimientos feministas, diversidad sexual, luchas socioambientales e indigenistas).

Aun así, es necesario pensar lo que sucede en Brasil e incluso, de modo más acotado, en Argentina y otros países, como el síntoma de algo más profundo, presente en todas las sociedades latinoamericanas y en mayor sintonía con lo que ocurre a nivel global. En un contexto posprogresista -marcado por nuevos conflictos sociales, mayor desigualdad, creciente desorganización social, una acuciante crisis socio-ecológica, discursos punitivos, crisis de los partidos políticos, emergencia de nuevas agrupaciones de derecha-, las vías de la polarización salvaje no solo abren la posibilidad a un giro conservador/neoliberal, a la usanza de los '90; también puede visibilizar corrientes profundas que recorren la sociedad, instalando y legitimando discursos desigualitarios y conductas fascistizantes, que se creían erradicados y que colocan en un gran tembladeral derechos y valores democráticos. Como ya sucedió en Brasil, de modo rápido, casi vertiginoso, éstas pueden traducirse en un umbral de pasaje, conllevando un grave retroceso político, social y cultural.

Hay que estar atentos, encender la alarma; acompañar y activar más que nunca las fuerzas sociales democráticas, aquellas que buscan abrir nuevos horizontes de justicia social y ambiental, aquellas que impulsan la expansión de nuevos derechos y combaten las ideologías de carácter reaccionario y desigualitario.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- Acosta, A. y J. Cajas Guijarro (2018), “Moreno, un neoliberal más”, en <https://lalineadefuego.info/2018/09/04/moreno-un-neoliberal-mas-por-alberto-acosta-y-john-cajas-guijarro/>
- Akram, Assa, (2018), “Tres razones para oponerse al TPP11, en El Desconcierto, <https://www.eldesconcierto.cl/2018/12/20/tres-razones-para-oponerse-al-tpp-11/>
- B. Bringel y José Mauricio Domingues. *Brasil. Cambio de era: crisis, protestas y ciclos políticos*, los libros de la Catarata, Madrid, 2018.
- Carpio, Silvia (2017), “Integración energética sudamericana: entre la realidad, perspectivas e incertidumbres”, en *Discursos y realidades. Matriz energética, políticas e integración. Plataforma Energética*, CEDLA, Bolivia, pp. 91-138
- Comini y Frenkel (2014), “Una Unasur de baja intensidad. Modelos en pugna y desaceleración del proceso de integración en América del Sur”, *Nueva Sociedad*, <https://nuso.org/articulo/una-unasur-de-baja-intensidad-modelos-en-pugna-y-desaceleracion-del-proceso-de-integracion-en-america-del-sur/>
- Duarte Gamboa, E.E. (2019), “LA CELAC en un Nuevo escenario regional”, en *Foreign Affairs Latinoamerica*, <http://revistafal.com/la-celac-en-el-nuevo-escenario-regional/>, rescatado el 28/6/2019
- Foro de Sao Paulo (2018), “Declaración final del XXIV encuentro del Foro de Sao Paulo, realizado entre el 15 y 17 de julio 2018 en La Habana, Cuba”, en <https://www.nodal.am/2018/07/cierra-el-foro-de-sao-paulo-con-fuerte-apoyo-a-lula-nicaragua-y-venezuela/>),
- Fraser, Nancy (2017), “El fin del neoliberalismo progresista”, <http://www.sinpermiso.info/textos/el-final-del-neoliberalismo-progresista>
- Giotto, Luciana (2019), “El TPP11 es el peor tratado de la historia”, en <https://radio.uchile.cl/2019/04/12/luciana-ghiotto-por-tpp-11-es-el-peor-tratado-de-libre-comercio-de-la-historia/>
- Global Witness, (2018), “2017 es el año con más muertes registradas de personas defensoras de la tierra y el medio ambiente”, <https://www.globalwitness.org/en/press-releases/2017-es-el-%C3%B1o-con-m%C3%A1s-muertes-registradas-de-personas-defensoras-de-la-tierra-y-el-medio-ambiente/>
- López Segrera, F. (2016), *América Latina, crisis del posneoliberalismo y ascenso de la nueva derecha*, Clacso, <http://biblioteca.clacso.edu.ar/gsd/collect/clacso/index/assoc/D11890.dir/America-Latina-Crisis-del-neoliberalismo.pdf>
- Laclau, E. (2009). “Populismo, ¿qué nos dice el nombre”, en F. Panizza (comp), *El populismo como espejo de la democracia*, Buenos Aires, FCE, 2009, pp.51-71
- Merino, G. E. (2018), IADE, “Relanzamiento del Tratado Trans-Pacífico”, en <http://www.iade.org.ar/noticias/relanzamiento-del-tratado-transpacifico-la-continuidad-de-la-geoestrategia-globalista-pesar>, consultado el 20/06/2019
- Modonesi, M. (2018), “México, el gobierno progresista tardío”, en *Nueva Sociedad*, <https://nuso.org/articulo/mexico-el-gobierno-progresista-tardio/>

Mouffe, Chantal (2019), “La apuesta por un populismo de izquierda”, Entrevista de Samuele Mazzolini, *Nueva Sociedad*, 281, mayo-junio.

Ospina, Pablo (2019), Ecuador: ¿realmente hay un «giro a la derecha»? Del correísmo al morenismo, *Nueva Sociedad*,

Santos, Boaventura (2009), *Sociología jurídica crítica. Para un nuevo sentido común en el derecho*. Editorial Trotta, Madrid.

Schalvelzon, S. (2016), “La llegada de Temer: radicalización conservadora y fin de ciclo”, 29/09/2016, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=217321>

Segato, Rita. “La politicidad feminista no puede ser una política del enemigo”, entrevista, disponible en [http://www.lavanguardia.com.ar/index.php/2019/03/08/rita-segato-la-politicidad-feminista-no-puede-ser-una-politica-del-enemigo-sino-inevitablemente-nos-construiremos-como-fascismo/](http://www.lavanguardia.com.ar/index.php/2019/03/08/rita-segato-la-politicidad-feminista-no-puede-ser-una-politica-del-enemigo-sino-inevitavelmente-nos-construiremos-como-fascismo/)

Schapiro, Alejo (2019), *La traición progresista*, Buenos Aires, Edhasa-el zorzal

Singer, A. (2013), *Os sentidos do Lulismo: reforma gradual e pacto conservador*, Cebrap, Brasil.

Stefanoni, Pablo (2018) “Biblia, buey y bala... recargados. Jair Bolsonaro, la ola conservadora en Brasil y América Latina”, *Nueva Sociedad*, en <https://nuso.org/articulo/biblia-buey-y-bala-ola-conservadora-brasil-bolsonaro-stefanoni/>

Svampa M.y E. Terán Mantovani (2019), “En las fronteras del cambio de época: Escenarios de una nueva fase del extractivismo en América Latina”, en Gabbert, K y M. Lang (editoras), *Como se sostiene la vida en América Latina. Feminismos y Re-existencias en tiempos de oscuridad*, FRL, Quito.

Svampa, M (2008), “Notas provisionales sobre la sociología, el saber académico y el compromiso intelectual” en Gerard Althabbe, *entre varios mundos*, V.Hernández y M. Svampa (editoras), Bs As, Prometeo

Svampa, M. 2016, *Debates Latinoamericano. Indianismo, Desarrollo, Dependencia y Populismo*, Buenos Aires, Edhasa,

Svampa, M. (2017) *Del cambio de época al fin de ciclo, Gobiernos progresistas, extractivismos y movimientos sociales en América Latina*, Edhasa, Buenos Aires.

Svampa, M. (2018a) “Entre la ventriloquía y la ausencia de autocrítica”, en *Brecha*, <https://brecha.com.uy/entre-la-ventriloquia-y-la-ausencia-de-autocritica/>

Svampa, M. (2018b) *Las fronteras de neoextractivismo en América Latina*, CALAS, México, <http://calas.lat/es/publicaciones/afrentar-las-crisis/maristella-svampa-las-fronteras-del-neoextractivismo-en-am%C3%A9rica>

Vega, Cristina 2019, Reflexiones sobre impunidad, punitivismo y justicia en los feminismos en movimiento, <http://www.sinpermiso.info/textos/reflexiones-sobre-impunidad-punitivismo-y-justicia-en-los-feminismos-en-movimiento>

Vommaro, Gabriel (2017) *La Larga Marcha de Cambiemos*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Wallerstein, I. (2012) “China y Estados Unidos: rivales o colaboradores”, en *La Jornada*, 22/01/2012, <http://www.jornada.unam.mx/2012/01/22/opinion/028a1mun>

Diarios y portales digitales

Agencia EFE (2018) El presidente de Ecuador convertirá la sede de la Unasur en Quito en una universidad indígena, en <https://www.efe.com/efe/america/portada/el-presidente-de-ecuador-convertira-la-sede-unasur-en-quito-una-universidad-indigena/20000064-3675570>

Infobae (2019), Entró en vigor el acuerdo comercial TPP11”, en <https://www.infobae.com/america/mexico/2018/12/30/entro-en-vigor-el-acuerdo-comercial-tpp-11-de-asia-pacifico-que-abrira-para-mexico-los-mercados-de-10-paises/>, disponible el 28/6/2019

El País (2019), Entrevista a Steve Bannon, https://elpais.com/internacional/2019/03/24/actualidad/1553454729_290547.html, Recuperado el 28/6/2019

El País: El Brasil de Bolsonaro, https://elpais.com/internacional/2019/03/04/actualidad/1551708869_841247.html

La Nación (2019), “Macri y varios presidentes de la región lanzan hoy en Chile un nuevo organismo”, en <https://www.lanacion.com.ar/politica/macri-viaja-a-chile-para-lanzar-el-prosurmacri-y-varios-presidentes-de-la-region-lanzan-hoy-en-chile-un-nuevo-organismo-nid2231031>

Motor Económico, la Web de Raúl Delatorre, <http://www.motoreconomico.com.ar/opinion/qu-le-pasa-a-la-unasur>, consultado el 20/06/2019

NODAL Agencia,(2018) “Inédito acuerdo entre la Alianza del Pacífico y el Mercosur”, <https://www.nodal.am/2018/07/libre-comercio-en-la-region-inedito-acuerdo-entre-la-alianza-del-pacifico-y-el-mercosur/>, consultado el 20 de junio de 2019

<https://nuso.org/articulo/ecuador-moreno-correa-elecciones-politica/>

OEA, Sistema de información de comercio exterior, Alianza del Pacífico. http://www.sice.oas.org/TPD/Pacific_Alliance/Pacific_Alliance_s.asp, consultado el 28/6/2019

Perfil, Ecuador retirará una estatua de Néstor Kirchner: "No representa nuestros valores", 14/03/2019, <https://www.perfil.com/noticias/politica/ecuador-retira-estatua-nestor-kirchner-no-representa-nuestros-valores-unasur.phtml>

RPP Noticias (2017), PPK: "Para EE.UU. América Latina es como un perro simpático que no genera problemas", <https://rpp.pe/peru/actualidad/ppk-para-eeuu-america-latina-es-como-un-perro-simpatico-que-no-genera-problemas-noticia-1033439>